

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 10 Marzo 1906.

Núm. 10.

Catequística.

(Continuación.)

Dejando aparte otra multitud de lugares en que los Apóstoles, los discípulos, los enfermos y las turbas, dieron testimonio de que era y se llamaba Jesucristo aquel maravilloso hombre que tenía asombrado al mundo con sus portentos, nos fijaremos sólo en tres, por toda manera solemnes. Es el primero el momento en que el débil é injusto Pilatos iba á dictar contra Cristo la sentencia de muerte. «Te conjuro, le dijo á Jesús el príncipe de los Sacerdotes, por Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo, Hijo de Dios». Entonces Jesús, le dijo: «Tú lo has dicho. Soy verdaderamente Cristo, Hijo de Dios».

Poco después le hace Pilatos idéntica pregunta: «¿Tú eres, le dice, el Rey de los judíos, esto es, Cristo?» Y Jesús le respondió: «Tú lo has dicho». «¿Quién queréis, pregunta á continuación Pilatos á las turbas, quién queréis que os sea puesto en libertad, Barrabás ó Jesús, que se llama Cristo?» Y la turba respondió: «Barrabás». «Qué haré, pues, continuó Pilatos, de Jesús, que se llama Cristo?» Dijeron todos: «Que sea crucificado». El mismo Pilatos mandó que en la Cruz, sobre la cabeza de Jesús, se pusiera, escrito en tres lenguas, en hebreo, griego y latín, este rótulo: *Jesús (ó sea Cristo) Nazareno, Rey de los judíos*. Y como varios de los judíos objetasen que no debía decir el título: *Rey de los judíos*, sinó que El dijo: «Rey soy de los judíos», contestó Pilatos con enérgica firmeza: «Lo que he escrito, escrito está» (1).

(1) Marc., 27; Lucas, 23; Joan., 19; Mat., 27.

Esto lo dijo Pilatos á las turbas, á aquellas turbas que poco antes habían celebrado la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalén, y habían cantado en su alabanza el Hosanna al Hijo de David. Cuyas turbas conocían personalmente á Jesucristo y le habían visto obrar milagros, y sin embargo, y precisamente por esto mismo, nadie de entre ellas se atrevió á replicar á Pilatos que estaba en error, que aquel no era el hombre que se llamaba Cristo.

Otro momento solemne y majestuoso por todo extremo es el de la muerte de Cristo en la cumbre del Calvario.

Los sayones que le crucificaron, los sumos sacerdotes y el populacho que presenciaron aquel sangriento y majestuoso drama, sabían perfectamente que aquel hombre extraordinario que con tanta nobleza, con tanto dominio de sí mismo y de la naturaleza universal, pendía de la Cruz, tenía por nombre augusto el nombre de Cristo. «Cristo, decían, Rey de Israel, descienda ahora de la Cruz para que le veamos (obrar maravillas) y le creamos». «A otros ha hecho salvos; sálvese á sí mismo, si es Cristo, elegido de Dios». Uno de los ladrones dijo también: «Si tú eres Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros». Y, una vez que Jesucristo exhaló su último suspiro y entregó su bendita alma en manos de su eterno Padre, al ver el Centurión, los soldados y el pueblo el estremecimiento y luto de toda la naturaleza por la muerte de su Creador, volvían hacia la deicida Jerusalén, exclamando: «Verdaderamente este (Cristo) era Hijo de Dios; verdaderamente era el justo (por excelencia) (1).

Por último, y por lo tocante á los testimonios tomados de los Evangelistas, tenemos uno que para los impíos debe hacer prueba plenísima, pues es de su propio jefe y padre, que, aunque es jefe y padre de la mentira, á veces la virtud de Dios le obliga á decir la verdad. Es el testimonio del diablo. Helo aquí: Jesucristo imponía las manos á los enfermos y los sanaba. Y salían los demonios de (los cuerpos de) muchos, exclamando y diciendo: «Tú eres el Hijo de Dios»; é increpándolos (Jesús no les dejaba hablar, porque sabían que Él era Cristo) (2).

Los demás escritores inspirados del nuevo Testamento, tenían siempre en la boca y en la punta de la pluma el nombre de

(1) Mat., 27; Marc., 15; Luc., 23; Joan., 19.

(2) Marc., 1, 34, y Luc., 4, 40, 41.

Cristo. San Pablo predica á Cristo Crucificado: escándalo para los judíos, y para los gentiles necedad; á Cristo, que es la virtud y la sabiduría de Dios (1); y por eso dice que abunda en Cristo nuestro consuelo, y tenemos en Cristo confianza para con Dios (2). De ahí nacía que este Apóstol despreciaba todas las cosas por amor de Cristo, y para ganar á Cristo, las consideraba como estiércol (3), y decía, por último, que no creía saber otra cosa sinó á Jesucristo, y éste crucificado (4).

Pues San Pedro no anduvo corto en dar testimonio de la existencia y muerte de Jesucristo. El día de Pentecostés, para defender á los Apóstoles de la calumnia de estar borrachos, que á algunos les parecía ser así, porque hablaban en muchas lenguas, toma la palabra, pronuncia un profundo discurso, recorriendo los textos de la Escritura aplicables á Jesucristo y á la venida del Espíritu Santo, y dice: «Varones israelitas, Jesús (Cristo) Nazareno, hombre aprobado por Dios entre vosotros con virtudes y milagros... como vosotros sabéis. A éste, entregado en vuestras manos por un determinado consejo y presciencia de Dios, le habéis dado muerte, afligiéndole (antes) por manos de los inicuos; al cual le resucitó Dios de entre los muertos... de lo cual somos testigos todos nosotros... Sepa, pues, con toda certeza la familia entera de Israel, que á este Jesús, que vosotros crucificasteis, lo constituyó Dios Señor y Cristo. Compungidos entonces de corazón, dijeron (los judíos) á Pedro y á los otros Apóstoles: ¿Qué haremos, varones hermanos? Y Pedro les respondió: Haced penitencia y bautícese cada uno de nosotros en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados... Los que recibieron el sermón de él (Pedro) se bautizaron; y se convirtieron en aquel día cerca de tres mil almas de los judíos» (5).

Por último, el Apóstol San Judas, en su católica Epístola, se declara siervo de Jesucristo, y da á los fieles la voz de alerta contra los enemigos del nombre cristiano, diciendo: «Se han introducido ciertos hombres impíos... que niegan al solo Dominador y Señor nuestro, Jesucristo... Pero vosotros, carísimos míos, acordaos de las palabras que os han predicado los Apóstoles de

(1) 1.^a Cort., 1, 23, 24.

(2) 2.^a Cort., 1, 5, y 3 y 4.

(3) Phil., 3, 7, 8.

(4) 1.^a Cort., 2, 2.

(5) Act. 2.

Nuestro Señor Jesucristo... á sólo Dios, nuestro Salvador, gloria y magnificencia... por Jesucristo Nuestro Señor, por todos los siglos de los siglos» (1).

¿Quién ahora no ve que el testimonio de los Apóstoles y Evangelistas, en las circunstancias en que ellos lo dieron, es de una fuerza irresistible? Ellos habían visto á Jesucristo, y con El habían vivido y conversado; los hechos que referían eran recién-tísimos, y palpitando estaban con todo su vigor en medio de aquel pueblo ávido de impresiones y sediento de sangre; las personas á quienes los Apóstoles, especialmente San Pedro, se dirigían, eran judíos en su mayoría, y visto habían varias veces á Jesús y presenciado sus grandes maravillas; sobre tales oyentes arroja San Pedro la gravísima acusación de haber crucificado á Jesucristo, y, sin embargo, todos enmudecen, nadie se defiende de tan grave imputación; y lo que es aun más: tres mil de ellos reconocen su pecado, se arrepienten y reciben el bautismo en nombre de Jesucristo.

¿Puede darse más clara prueba de que aquellas multitudes estaban segurísimas de que el hombre á quien habían dado muerte sobre el Gólgota, era Jesucristo, Rey y Señor nuestro? ¿Quién las impedía negar que fuera verdad lo que los Apóstoles les decían, si es que verdad no era en realidad? No tiene, pues, vuelta este argumento en pro de la existencia de un hombre que se llamó Jesucristo.

Aquí podríamos poner término ya á nuestra argumentación, seguros de que nadie podría negar con justicia la demostrada verdad. Pero no dejaremos la pluma sin aducir otras pruebas, si no tan convincentes, quizá más persuasivas que las anteriores.

Se presenta, en primer lugar, con caracteres de sangre, el testimonio de los Mártires. Si la declaración de dos ó tres testigos ordinarios es verdadera, como dice Jesucristo, y así se admite también en los tribunales de justicia, ¿qué fuerza no tendrá la de millones de testigos que se dejan matar como prueba de la existencia y fe de Cristo, al modo que su divino Maestro se dejó sacrificar por la gloria de su Padre y por el bien de las almas? Por confesar á Cristo se dejó apedrear por los judíos el que, en el nú-

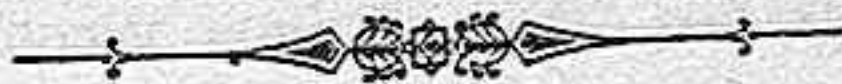
(1) Jud., capit. único

mero de los Mártires, es contado el primero, como canta la iglesia en el rezo de Él; y confesó el ínclito Esteban, pues este es su nombre, en los solemnes momentos de su sacrificio, que veía los cielos abiertos, y á Jesucristo, que estaba á la diestra de la virtud de Dios (1).

Síguele la invicta Santa Tecla, protomártir del sexo femenino, que por amor á Cristo y en defensa de su fe, á la aureola de la virginidad ha unido la palma del martirio.

En pos de estos dos héroes, que en pos fueron, á su vez, del Héroe del Calvario, marcha á las gradas del martirio la humanidad casi entera en los primeros siglos de la Iglesia.

Apóstoles, Pontífices, Obispos, Sacerdotes, Capitanes, soldados, legiones enteras, ancianos, jóvenes y niños de uno y otro sexo, escuchan serenos la sentencia de muerte si no dejan de confesar á Cristo; y, rebosando alegría, apréstanse á poner su cuello bajo la segur del verdugo, ó á ser devorados por las fieras, ó á ser quemados, ó á extender sus brazos en la cruz, donde han de dar su vida por amor de Cristo, Redentor de la humanidad; y la marcha de los adoradores de Cristo se destaca en aquellos siglos de tiranía y de horror, por los ríos de sangre que corren sobre la tierra, á la par que por el olor de las virtudes, con que regeneraron al mundo. Esos testigos, tan fuertes, que con su muerte vencen á los tiranos; tan numerosos que igualan á las estrellas del cielo, cuyo fulgor superarán en las perpetuas eternidades (2); tan encadenados que, en serie no interrumpida, llegan á engarzarse con el mismo Redentor, Cristo Jesús; esos testigos, repito, son tan elocuente y tan brillante prueba de la existencia de Cristo, que nos subyuga con arrebatadora fuerza.



Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica II de Cuaresma.

Refiérenos el Evangelista San Mateo en el capítulo 18, v. 1-9, que habiendo Jesús tomado consigo á Pedro, Santiago y Juan, su hermano, subió con ellos á un elevado monte y se transfiguró en

(1) Act. 7, 55.

(2) Mat., 13, 43.

su presencia. Y he aquí que al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Elías hablando con El. Y estando aun hablando, una nube resplandeciente les cubrió y salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo muy amado en quien he colocado mis delicias: escuchadle.

El misterio de la Transfiguración del Señor, que la Iglesia propone hoy á nuestra consideración, es uno de los acontecimientos más transcendentales y sublimes de la vida del Salvador.

La Transfiguración de Jesús tiene muchos puntos de contacto en cuanto á algunas de sus circunstancias con su Bautismo. Pues así como con su Bautismo inaugura Jesús, por decirlo así, la primera fase de su público ministerio, que es época de pacífica enseñanza, en su Transfiguración inaugura ó comienza la época de lucha contra sus enemigos. Hasta ahora había evitado todas las persecuciones, no mostrándose más que en los pueblos de la Galilea; pero aproximándose el tiempo de su sacrificio, y con ese valor que da siempre la posesión de la verdad y el ejercicio de la virtud, marcha á colocarse frente á frente de aquellos que le detestan con odio implacable, presentándose en aquellos lugares en que sus enemigos ejercían toda su influencia y poder, para consumir allí la gran obra de la Redención, mediante la efusión de su sangre preciosísima, que venció la malicia de sus enemigos y labó al mundo de sus crímenes y pecados.

Grandes y provechosas enseñanzas podemos sacar de la meditación de este misterio: considerando en primer lugar la humildad de Jesús, al elegir simplemente tres testigos para que presenciassen este grandioso acontecimiento, y esto porque las leyes del pueblo hebreo exigían que para la certeza de un hecho existiera el testimonio de dos ó tres testigos, y como este hecho no había de ser publicado hasta después de la muerte de Jesús, quería que todos los que profesasen su fe y abrazasen su doctrina, conocieran de una manera cierta cuán grande era la gloria del Señor y cuál sería la suya propia, cuando estuvieran en el cielo disfrutando la herencia que El les había deparado: y como este misterio era muy glorioso para El, no quiso tener más testigos que los puramente precisos, para que no pareciese que había querido gloriarse del mismo.

Según algunos intérpretes, Jesucristo, al no admitir á esta visión más que tres de los doce apóstoles, quiso demostrarnos la

verdad de aquellas palabras que se leen en San Mateo: *Multi sunt vocati, pauci vero electi*. Lleva á todos los Apóstoles á su pasión, porque nadie puede exceptuarse del sufrimiento; pero tan sólo tres toman parte en su gloria, porque hay muy pocos que sufran con resignación y acatamiento á la voluntad divina: muchos son los que arrastran su cruz; muy pocos, por desgracia, los que la llevan; muchos hay que sufren, bien á pesar suyo, porque no pueden oponerse á esa ley imperiosa de corrupción que va inherente á los principios constitutivos de nuestra naturaleza; bien pocos, sin embargo, saben, como el buen ladrón, aprovecharse de esos mismos sufrimientos, ofreciéndolos al Señor en holocausto y satisfacción por sus pecados.

El lugar de la Transfiguración encierra también para nosotros elocuentes instrucciones: dos circunstancias, pues, hemos de meditar respecto de este segundo punto. Después de tomar en su compañía á Pedro, Santiago y Juan, su hermano, nos dice el sagrado texto, los llevó aparte, sobre un elevado monte.

En primer lugar, Jesús lleva aparte á los tres apóstoles que había escogido, para que fuesen testigos de su Transfiguración. No los conduce á la vía pública, ni á pueblo alguno, ni al recinto de una opulenta ciudad, para otorgarles allí el favor insigne que á otorgarles iba: sino que los lleva aparte, es decir, á un lugar solitario, lejos del bullicio, del movimiento, de los negocios, placeres y distracciones del mundo. ¿Qué quiere el Señor darnos á entender con esto? Nada más claro y sencillo: quiere que comprendamos, que para recibir sus gracias debemos seguirle á la soledad; y ya que ésta no sea real en cuanto al sitio, porque no todos hemos de retirarnos al desierto, sí al menos afectiva ó de corazón. Recordad, si no, su historia toda, y veréis que siempre á las almas que viven en el retiro y la soledad es, según el orden de su providencia, á las que otorga sus más valiosas y escogidas gracias.

¿A quién confiere, al venir al mundo, la gracia única y suprema de la maternidad divina? A María que vive retirada en su humilde casa de Nazaret. ¿A quién envía el Espíritu Santo después de dejar la tierra para habitar en el cielo? A los apóstoles retirados en el Cenáculo; y desde el primer momento de su vida mortal, hasta su muerte, Jesús sigue esta norma en la distribución de sus gracias.

Mas no fué sólo aparte, donde Jesús condujo á sus apóstoles,

sino que los subió á un elevado monte: Consideremos y fijémonos bien que no sólo es á un monte, sino á un elevado monte. Subiendo penosa cuesta conduce el Salvador á sus apóstoles escogidos y privilegiados. Tuvieron, pues, que caminar mucho y cansarse antes de alcanzar la cima de este elevado monte. Mas ¡cuán recompensados se vieron por su cansancio, y cuán dichosos se considerarían cuando Jesús se presentó ante ellos en todo el esplendor de su gloria! Por eso, cuando el Señor nos conduce por caminos áridos y nos prueba con desgracias y calamidades, no envidiemos la suerte de aquellos á quienes deja gozar de los bienes del mundo; porque á nosotros nos quiere mucho más: pues el llevarnos por los caminos de sufrimiento, apártanos de las cosas de la tierra para conducirnos á los bienes y consuelos del cielo.



Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

No, el magisterio dogmático ó moral no está vinculado á todos los hombres. Esta doctrina es protestante. La autoridad para enseñar á los hombres la doctrina de Cristo la confirió Nuestro Señor á los ministros de la Iglesia. Dios, que «quiere que todos se salven, y vengan en conocimiento de la verdad» (1), fundó su Iglesia para ser madre cariñosa y maestra solícita, que enseñara á los hombres la verdadera ciencia, que consiste, como decía San Bernardo (2), en una conciencia pura y santa ante Dios: «Yo os daré pastores según mi corazón, que os apacentarán con la ciencia y con la doctrina» (3). Habló el Señor, y el Señor, Dios humanado, hace más de diez y nueve siglos envió á Pedro, el Pescador, y á los demás Apóstoles, con los discípulos elegidos, rudos en la ciencia del mundo, pero sabios con la sabiduría del cielo, para que predicaran la verdad á todos los pueblos de la tierra: «Enseñad á todas las gentes» (4), dijo Jesús á los Apóstoles, y en ellos á sus sucesores los Obispos, ayudados de los sacerdotes; mas no se dirigió á todos

(1) I á Timoteo, c. II, v. 4.

(2) Lib. de Conscientia.

(3) Jeremías, c. III, v. 15.

(4) San Mateo, c. XXVIII, v. 19.

los hombres. Por eso escribió antes el Profeta Malaquías (1): «Que de los labios del Sacerdote aprenderemos la ley, porque es el ángel del Señor de los ejércitos». Y Moisés hablaba al pueblo de Israel de este modo (2): «Si estando pendiente ante ti una causa, hallares ser difícil y dudoso el discernimiento entre sangre y sangre, entre pleito y pleito, entre lepra y lepra, (esto es, en materias criminales, ó civiles, ó del culto), y vieres, que son varios los pareceres de los jueces, que tienes en tu ciudad, marcha y acude al lugar que habrá escogido el Señor Dios tuyo, donde recurrirás á los sacerdotes del linaje levítico, y al que, como Sumo Sacerdote, fuere en aquel tiempo Juez supremo del pueblo, y los consultarás y te manifestarán cómo has de juzgar según verdad. Y harás todo lo que te dijeren los que presiden en el lugar escogido por el Señor, y lo que te enseñaren conforme á su ley, y seguirás la declaración de ellos, sin desviarte á la diestra, ni á la siniestra».

Muy claramente vemos en estas palabras la elevación del sacerdote sobre todos los hombres, para iluminar los entendimientos.

Mas si estos testimonios no son suficientes, sepamos que en el Nuevo Testamento el Divino Fundador de la Iglesia, Cristo Jesús, nos manifiesta (3) «que ha puesto al sacerdote como luz de las naciones, para ser instrumento de salvación hasta el fin de la tierra»; y el Apóstol San Pablo habla en varias de sus Epístolas del sacerdote, como maestro de verdad. Por tanto solamente el Romano Pontífice, los Obispos, y los sacerdotes, que son coadyutores de aquéllos en el magisterio sublime de la Iglesia, están constituidos como maestros de la doctrina de Cristo, y á ellos debemos acudir para aprender el camino de la salvación eterna.

Mas ¿en dónde hemos de oír su palabra? En todos los lugares, desde donde los que nos hablen como ministros de Dios, y muy especialmente, cuando nos hablan desde la cátedra sagrada, desde el púlpito. Allí el sacerdote hace las veces de Cristo, y cumple con la hermosa misión de maestro. Los fieles deben presentarse en el templo para escuchar la doctrina salvadora de la Iglesia, nuestra Madre, y encontrarán verdades para su inteligencia, y

(1) Malaquías, c. II, v. 7.

(2) Deuter., c. XVII, v. 8, 9, 10, 11.

(3) Hechos de los Apóstoles, c. XIII, v. 47.

afectos para su corazón. Para todos se predica. Es pública la palabra.

Mas no debemos acudir de cualquier modo, sino que hacen falta algunas condiciones para que la palabra de la Iglesia sea semilla que produzca los frutos saludables de perfección.

De tres nos proponemos decir algo, las cuales corresponden á los tres tiempos, anterior, presente y posterior á la palabra divina, y son: primera, el deseo de acudir á oír al ministro de Dios con ánimo de obtener provecho; segunda, la atención mientras el sacerdote expone las verdades de la religión; y tercera, la meditación de las mismas verdades.

En cuanto á la primera, mucho podríamos escribir, porque son tantos los que se dirigen á escuchar al predicador sin deseo de aprovecharse, que causa verdadera pena. Unos van, porque el predicador es amigo ó pariente, y se alegran solamente con oírlo perorar, sin fijarse en la necesidad de aprender; otros, guiados por un espíritu de curiosidad, oyen únicamente á los que no oyeron, para decir después: «No es mal predicador, ó no es bueno», acaso sin entender una palabra de oratoria sagrada, (¡cuantos hay!); bastantes, movidos por la literatura, se contentan con salir del templo entusiasmados por una figura retórica, no haciendo caso de las verdades expuestas; muchos, por el afán de murmurar de todo (¡cuántos murmuradores!); algunos por rutina, por lo cual no pueden decir después qué verdades ha explicado el orador sagrado. ¿Y llevan estos el deseo de la perfección, el ánimo de aprovecharse? ¡Ay! ¡Qué triste es decirlo! ¡Pero más triste es la realidad! Es un hecho innegable, que muchos, la mayor parte, no sienten el deseo de oír la palabra divina, por instruirse y amar al Señor. De aquí proviene la ignorancia, que reina en innumerables personas, y la pertinacia en el mal.

(Continuará).

Diálogo.

ANTES DE LA ESCUELA

Padre. ¿Qué haces, muchacho?

Hijo. Cojo un pedazo de pan y una manzana para irme á la escuela.

P. Holgazán, ayúdame á componer estas botas, que aprovechan más que las paparruchas que el Maestro te enseña.

H. ¡Paparruchas! Ayer nos habló de la gloria en la explicación del Catecismo. Hoy nos toca el infierno.

P. Esas son antiguallas. El Maestro, que enseñe á sumar, y geografía y economía política, pero en el momento que yo me entere de esas mentiras que te enseña.,.

H. ¡Si no son mentiras!

P. Calla, mocoso. ¿Sabes tú más que tu padre? Pues has de saber que soy socio de la sociedad filantrópica del pueblo. Conque, si te has de ir, vete, y si no, á componer zapatos.

H. Pues me voy.

P. Si los curas y frailes supieran el martirio que van á llevar, de rodillas al campo salieran dando vivas á la libertad.

EN LA ESCUELA

Maestro. ¿Por qué lloras?

Discípulo. Porque este niño me ha quitado el pan y la manzana y se la está comiendo.

M. Mentira, no se la está comiendo.

D. Se la habrá comido.

M. En castigo de la mentira estará Ud. ¿entiende Ud.? estará Ud. de rodillas toda la clase y todo el día sin comer.

D. ¡Sin almorzar y sin comer! ¿Y el niño que me ha quitado el pan y la manzana?

M. ¡Calumniador! ¡Insensato! ¡Toma, toma para que te acuerdes!

D. ¡Ay, ay, ay!

M. Así aprenderá Ud. á no mentir tan descaradamente.

DESPUÉS DE LA ESCUELA

Hijo. Padre, padre, ¡que hay infierno!

Padre. ¡Estúpido!

H. Sí señor. ¿Usted vió la manzana y el pan que me llevé para almorzar? Pues me lo quitó Luisito, el hijo del Secretario; lo dije al Maestro, y encima de no creerme, ni de devolverme el almuerzo, ni castigar al ladrón, me puso de rodillas, me dejó sin comer y me dió una paliza que aun tengo los cardenales en las espaldas.

P. ¡Bruto Catón! Quousque tandem Catalina...

H. Y digo yo: de este acto de injusticia ya nadie se acordará en la tierra sino yo, y nadie lo castigará. ¿Es posible que no haya un sitio donde se purguen estas y semejantes villanías? Padre, si no existe el infierno hay que inventarlo.

P. ¡Recórcholis con el muchacho! ¿Si tendrá razón? ¡Por si acaso!... Más vale un ¡por si acaso! que un ¡quién pensara!



Liturgia.

Tiempo de Navidad.

Pasadas las cuatro semanas del Adviento, que, como hemos visto en el artículo anterior, representan los cuatro mil años durante los cuales esperó la humanidad la venida del Mesías prometido, cumpliéndose la realización de la promesa, y al conmemorar la Iglesia este acontecimiento, comienza para ella el segundo período, en que hemos dividido el año litúrgico, período que se designa con el nombre de *Tiempo de Navidad*, ó mejor aún, con el de *Pascua de Navidad*.

Siguiendo, pues, el plan propuesto, vamos á considerar este tiempo bajo su aspecto histórico, litúrgico y místico.

HISTORIA DEL TIEMPO DE NAVIDAD. Si consideramos la etimología de la palabra *Navidad*, de que usamos para designar la fiesta del Nacimiento de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo, así como también el tiempo consagrado por la Iglesia para honrar la memoria de tan consolador misterio, nos encontramos que entre los autores hay diversidad de opiniones respecto al particular, pareciendo que para nuestra nación la más probable y fundada es que se deriva dicha palabra de la latina *Nativitas*, en castellano, *Natividad*, y que el uso ha ido modificando y abreviando hasta que ha quedado el nombre de *Navidad*.

Damos el nombre de *tiempo de Navidad* al intervalo de cuarenta días que hay desde el nacimiento de nuestro Señor, 25 de Diciembre, hasta la Purificación de la Santísima Virgen, que es el 2 de Febrero. Este período de tiempo forma, en el año litúrgico, un conjunto especial, así como el Adviento, la Cuaresma, el tiempo pascual, etc.; la celebración de un solo misterio domina

en todo él, y ni las fiestas de los Santos, que durante dicho tiempo parece que se aglomeran, ni el coincidir á veces durante el mismo la Septuagésima con su color morado, son capaces de distraer á la Iglesia del *júbilo* inmenso *que le han evangelizado* (1) los Angeles en esta resplandeciente noche, esperada por el género humano durante cuatro mil años, y cuya litúrgica conmemoración ha sido precedida del luto de las cuatro semanas que forman el Adviento.

La costumbre de celebrar por espacio de cuarenta días de fiesta, ó de conmemoración especial, la solemnidad del Nacimiento del Salvador, no es arbitraria, sino que se halla fundada en el mismo Evangelio, en el que leemos que la Santísima Virgen, después de ocupada durante cuarenta días en la contemplación del dulce fruto de su gloriosa maternidad, corrió presurosa al Templo de Jerusalem para cumplir con humildad perfecta el precepto de la Ley de Moisés, que se relacionaba con las mujeres de Israel, después de su primer parto.

La conmemoración de la Purificación de María está, por consiguiente, íntimamente ligada á la del nacimiento del Salvador; y la costumbre de celebrar esta santa y alegre cuarentena, parece remontarse á una antigüedad respetable en la Iglesia Romana, aunque á la mitad del siglo III la fiesta de Navidad parece era desconocida tanto en Occidente como en Oriente.

El documento más antiguo que nos habla sobre el particular es el Calendario filocaliano, redactado en Roma en el año 336, en el que se lee: *VIII Kalend. jan. natus Christus in Betleem Iudeae*. Fué, por consiguiente, esta fiesta propia de la Iglesia latina. Allá, á fines del siglo III, se hizo general en la Iglesia la costumbre de celebrar el aniversario del nacimiento de Jesucristo, pero no convinieron en el día que se podía celebrar por todos.

Así vemos que, respecto á la fiesta de Navidad, San Juan Crisóstomo, en su homilía sobre la misma, dice que las Iglesias de Occidente celebraban desde su origen esta fiesta el día 25 de Diciembre, deteniéndose á justificar esta tradición, haciendo notar que la Iglesia Romana tuvo en sus manos todos los medios necesarios para conocer el día fijo del nacimiento del Salvador, por conservarse en los archivos públicos de Roma las actas del censo

(1) Luc., II, 10.

levado á cabo por Quirino en la Judea, por orden de Augusto.

Añade, además, el Santo Doctor otro argumento, tomado del Evangelio de San Lucas, haciéndonos observar que, según se desprende de la narración del Santo Evangelista, debió coincidir con el *ayuno del mes de Septiembre* la visión que el Sacerdote Zacarías tuvo en el Templo, á consecuencia de la cual su esposa Isabel concibió á San Juan Bautista; deduciéndose de aquí que la Santísima Virgen María, habiendo recibido la visita del Arcángel Gabriel, según dice el mismo San Lucas, y habiendo concebido al Salvador del mundo en el *sexto mes* del embarazo de su prima Santa Isabel, esto es, en Marzo, debía, naturalmente, efectuarse el parto en Diciembre.

(Continuará).

Noticias generales.

Pérdida sensible experimentan las letras patrias en estos días, al pasar á mejor vida el egregio autor de *Escenas Montañesas*, *Sotileza y Peñas Arriba*.

«Pereda», autor por el que innumerables almas sintieron y gozaron el rico y sereno deleite de la emoción artística, amando en la naturaleza y en la historia las grandes obras que Dios crió y el hombre trabaja, dejó de existir hace unos cuantos días, víctima de dolorosa enfermedad.

Justo es tributar un recuerdo al autor que supo unir en sus admiradas obras la belleza y la honestidad.

Descanse en paz.

*** Según decíamos en nuestro número anterior, Su Santidad Pío X ha consagrado á trece de los Obispos franceses recientemente nombrados. La ceremonia tuvo lugar en la Basílica de San Pedro, revistiendo extraordinaria solemnidad, por ser el consagrante el Santo Padre, que celebró también la Misa. Ayudaron al Sumo Pontífice como Prelados asistentes, los Arzobispos de Reims y Auch. Los invitados pasaban de tres mil. Asistieron á la Consagración, entre otros Prelados, los Cardenales Merry del Val, Di Pietro, Macchi, Mathieu, los Arzobispos de Tolouse y Orleans y el Obispo de Angers. Al siguiente día hubo una recep-

ción en el Vaticano, siendo invitados á ella los Prelados y la colonia de Francia.

*** Se ha reunido en el convento de Adoratrices de la calle de Hernán Cortés de Valencia el tribunal encargado de incoar el oportuno expediente para la beatificación de la Venerable Madre Sacramento, en el siglo doña Micaela de Desmaisieres, Vizcondesa de Jorbalán, fundadora de dicho Instituto.

El Tribunal sacó el sarcófago que encierra los restos de la Venerable, trasladándolo á una sala, en donde, con asistencia del señor Alcalde, que guarda una de las llaves, lo abrieron, procediendo al examen y reconocimiento de dichos restos.

El Secretario de aquel Arzobispado, Sr. Torme, antes de ser abierto el sarcófago, hizo presente que el que tocase alguno de los objetos en él encerrados incurría en excomunión mayor.

Se ha permitido á algunas familias penetrar en la sala para que pudieran ver el cuerpo de la Venerable Sor Micaela.

Las religiosas de este Colegio estaban satisfechísimas, pues tienen vivísimos y legítimos deseos de que se termine el proceso de la beatificación de la fundadora de su institución.

*** El Emperador Guillermo ha dispuesto que todos los créditos votados por los Municipios alemanes para festejar las bodas de plata imperiales, se apliquen íntegros á la fundación de instituciones benéficas.

*** He aquí algunas de las palabras dirigidas por el Padre Santo á los predicadores de la Cuaresma en Roma.

«Predicad el Evangelio. Hay muchos predicadores que no lo predicán y recurren á ciertos asuntos que les dan fama de predicadores á la moda. El Evangelio es el arsenal de la predicación, y solamente con él pueden predicarse cuarenta Cuaresmas; pero predicadlo con la sencillez de Nuestro Señor, que es el verdadero modelo de los que anuncian la palabra de Dios. Con las verdades encerradas en su evangelio logró Nuestro Señor maravillar y conmover á sus innumerables oyentes.

Enseñad los deberes y las máximas religiosas, según el Evangelio. Hablad también del infierno, no según las concepciones humanas que tratan de explicarlo, sino según las propias palabras de Nuestra Señor Jesucristo».

*** Presentados por el Sr. Obispo de Orleans al Soberano Pontífice los sacerdotes Lagardere y Yacquot, secretario del arzobispo de Besacón el primero y cura de Audincourt el segundo, han tenido el honor de recibir la bendición pontificia y de escuchar benévolas frases de labios del Padre Santo, por su traducción francesa del *Catecismo* impuesto por Pío X á la diócesis de Roma y á la provincia romana.

El Papa, deseoso de que el *Catecismo* se propague por todo el mundo, y que, por conducto del señor Arzobispo de Besancon, había permitido á los dos sacerdotes nombrados emprender la traducción del mismo, ha bendecido la obra, colmándola de elogios y dando las gracias á sus autores.



Santorial.

Día 11, Domingo *II de Cuaresma*. Stos. Eulogio y Eutimio, obispos y mártires, Sta. Aurea, virgen y mártir, y Stos. Constantino y Pedro. cfs.

Día 12, lunes. S. Gregorio *el Grande*, p. y cf., S. Egdunio, presbítero, Stas. Sancha y Josefina, vgs.

Día 13, martes. Stos. Rodrigo, Pbro, y Salomón, mr., S. Ramiro, ab., y Stas. Patricia y Modesta, mrs.

Día 14, miércoles. Stos. Godegando, ob. cf., Pedro, Patricio y comps. mrs., y Stas. Matilde, reina, y Florentina, vg.

Día 15, jueves. Stos. Longino, centurión mr., Zacarías, pp., Raimundo *de Fitero*, fundador, y santas Matrona y Lucrecia, vgs. y mrs.

Día 16, viernes. La Santa Sábana de Nuestro Señor Jesucristo. Santos Hilario, ob. mr., Taciano, diácono mr., y Stas. María, penitente, y Juliana, v. y mr. **ABSTINENCIA DE CARNE.**

Día 17, sábado. Stos. Patricio, ob., José *de Arimatea*, discípulo de Jesucristo, Agrícola, ob. y cf., y Sta. Gertrudis *de Brabante*, v.